

El Libre Pensamiento

Órgano oficial

de la

Asociación de Propaganda Liberal

FUNDADA EL 11 DE AGOSTO DE 1900

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

CARGES Y CORRESPONDENCIA:
Casilla de Correo N.º 175

MONTEVIDEO

Tirada: 2.000 ejemplares

Este periódico lo reciben dos veces por mes los miembros de la "Asociación de Propaganda Liberal". Con el número que aparece el 25 se envía a la vez un folleto de la serie de los que publica la Sociedad.

Para recibir dichas publicaciones hay que inscribirse como miembro de la Asociación y pagar la cuota de 20 centésimos mensuales.

Los libre-pensadores que se interesen por ingresar a la Sociedad y recibir sus publicaciones pueden dirigirse por escrito al Presidente de la Asociación, calle Santa Lucía 33a.

Asociación de Propaganda Liberal

En cuenta con el Banco Británico de la América del Sud.

		DEBE	HABER
1906			
Junio 30	Saldo en esta fecha	—	\$ 5.452,83
Septiembre 30	Intereses hasta hoy	—	54,52
" 30	Saldo	\$ 5.507,35	—
		\$ 5.507,35	\$ 5.507,35

Septiembre 30 Saldo acreedor \$ 5.507,35

S. E. ú O.

Montevideo, 30 de Septiembre de 1906.

por Banco Británico de la América del Sud

Charles W. Drever,
por Contador.

Rectificación

Cumple a nuestra caballerosidad declarar que han sido injustos los reproches que en nuestro número anterior hicimos, en nuestro artículo sobre *El Hospital Militar*, al doctor Eduardo Martínez, atribuyéndole procedimientos jesuiticos.

Amigos comunes nos han asegurado que el doctor Martínez es liberal y no clerical y que no tiene parte ni responsabilidad en los hechos que denunciábamos.

Con tanto mayor placer rectificamos nuestras afirmaciones, cuanto que solo incidentalmente nos hemos impuesto de las convicciones que son propias del doctor Martínez y que lo presentan completamente prescindente en las componendas con frailes y monjas.

SALVE, INMACULATA!

El día 8 de los corrientes, el mismo en que la población montevidéana se estrujaba para poder dar un paseito en el tranvía eléctrico que empezaba su servicio, los soldados de Loyola celebraban con gran pompa en su cueva del Seminario la fiesta de la Inmaculada. Día fué pues de contrastes salientes. El pueblo celebraba un progreso; los representantes del vetusto y apollado culto religioso conmemoraban una de las imbecilidades que mas deprimen, felizmente que solo en teoría, a la humanidad.

María, la virgen madre de Dios, a quien su hijo despreció e injurió muchas veces en público, es el pretexto que los jesuitas en su refinada hipocresía invocan para establecer un dogma que encierra todo

el desdén y todo el odio que albergan hacia las mujeres y las madres esos solterones impenitentes de las órdenes religiosas que no cuidan más que de su interés y de su egoísmo.

¡Sin embargo, las vilipendiadas damas, por su influencia mantenidas en la mas crasa ignorancia, son los puntales mas sólidos de los embaucadores incurables que al pie del altar y en el confesonario explotan a media humanidad!

El Bien, órgano mayor de nuestras sacristias, comentando la jesuitica fiesta, expresaba el día 11 que con motivo de ella doscientos ángeles se acercaron al altar por primera vez con profunda emoción «a recibir en sus inocentes corazones al Cordero Inmaculado». Claro como que los ángeles tendrán un organismo especial y en ellos la sagrada oblea será digerida por el corazón. Se ven cosas tan raras en esa gente! ¡Corazones tragándose corderos con vellón y todo!

Pero no solo en eso consistió la fiesta. El R. P. Domingo Roselló «magistralmente en breves pero elocuentes palabras presentó a María en el misterio augustísimo de su concepción Inmaculada». Sentimos no haberlo sabido para oír al elocuente reverendo; porque nosotros, cada vez que deseamos explicar ese misterio, nos ruborizamos y no nos atrevemos a exponer acerca de él nuestras vistas, temerosos de cometer un verdadero atentado contra el pudor de nuestros lectores.

Debió ser cosa de ver y de oír al R. P. Roselló explicando el peliagudo dogma ante damas y sobretodo ante doscientos niños y niñas que, no por ser ángeles, carecen de la malicia que son susceptibles de despertar las preparaciones de invernáculo usadas antes de la primera comunión, como lo demuestran unos documentos que publicamos en otro lugar de este mismo número.

El final de la fiesta en la jesuitica cueva consistió en un acto que tampoco está muy en armonía con los tiempos que hemos alcanzado. «Después de la bendición—dice *El Bien*—los niños y niñas depositaron un ósculo de amor en las benditísimas plantas de María Inmaculada.»

Doscientos ósculos de niños en las plantas de María debieran juntar una famosa colección de microbios. Esa asquerosa práctica demuestra con más elocuencia que la del R. P. Roselló que los jesuitas en materia de higiene están atrasaditos, como lo están, cierto es, en muchas otras, v. g. en pedagogía.

DELINCUENCIA Y HAMBRE

Efectos de la influencia religiosa

Dos buenos recortes del excelente quincenario *La Reforma Argentina* del 5 del corriente:

Delito infantil!—El delito y el crimen tienen sus edades: se observan crímenes ó delitos infantiles en viejos, y de mucha edad y experiencia negra en los niños. De modo que según esta clasificación, no se consideraría la edad de los delincuentes sino el desarrollo del crimen ó del delito. Naturalmente, el crimen ó el delito tiene su nacimiento, infancia, adolescencia, etc., hasta que se hace viejo, inveterado, terrible. En la Argentina nos encontramos en el primer periodo, delito ó crimen infantil en general, salvo raras excepciones. Hay abundancia y se vive con facilidad; pero como a la ley de oposición se la encuentra por todas partes, resulta que la abundancia misma que dá de comer y beber facilmente, engendra la haraganería, madre de todos los vicios,

y por consiguiente del crimen ó del delito. Los extremos se tocan. Al filibustero haragán y vago se le encuentra por todas partes—en la calle de la Florida, como en los terrenos de la Boca, bosque de Palermo y otros sitios mas ó menos populares ó aristocráticos. El hombre joven, el adolescente, el casi niño, busca el delito chacotón, gracioso, compadrón, por pasar el tiempo, y vándose iniciando por diversión y juguete, en el delito que de ellos nace y en ellos sigue sus edades, hasta concluir, mas ó menos disfrazado, toda la evolución. Ese delito infantil que a las veces provoca una sonrisa en los papás y en las mamás, es el mismo que, creciendo, hace saltar las lágrimas y la sangre, que empezó jugando y acabó matando. La última estadística policial de Octubre y las secciones que a la delincuencia y al crimen dedican los grandes diarios y los chicos, acusan desarrollo galopante en el delito infantil. ¿Qué remedio? ¿La Policía ó el Asilo? Fácil farmacopea, especie de cebito de Santo Domingo que cura todas las enfermedades y que deja al enfermo camino de la muerte. No está en la arreada de tales miserias sociales, el medio de extirparlas. No habrá cárceles ni internados suficientes, ademas de que la reclusión es ama de cría para el delito y el crimen. Probablemente los carceleros y los empleados de asilos, están tan enfermos como los presos y asilados. ¿Qué hacer? No se le vé salida al callejón, como no se eche abajo la monumental mentira que corta el paso por todos lados. La cosa es más vieja que andar a pie y no hay novedad en decirlo; pero convengamos en que la inmensa mayoría se encuentra en el caso de pernoctar en la policía ó en locales *ad-hoc*. Es una comedia en que bien se puede decir *no son todos los que están, ni están todos los que son*. La epidemia de pilletes, con guante ó descalzos, regresión a la barbárie primitiva, es un efecto: la causa está en el papá, en la mamá, en la abuela ó en la tía, y también, y muy mucho, en la escuela, y sobre todo en la escuela *religiosa*, criadero de enemigos de la sociedad en que han de vivir, y a la que están obligados a perfeccionar. En la escuela *religiosa* están los gérmenes de muchos males, y cuando a tales *religiosas* escuelas nos referimos, va también, se incluye, el confesonario, la misa, comunión, extremaunción, y demás grados de la miseria moral engendradora del crimen y del delito.

¡Horroras!—Dice el telégrafo: «Noviembre 22 — Las noticias que llegan de los distritos en que el hambre hace estragos a causa de las malas cosechas, son horribles y demuestran que la miseria ha llegado a un grado nunca visto. Los campesinos del distrito de Kazan, locos de desesperación, venden sus hijas a los mahometanos para ser reducidas a la esclavitud. Estos mercaderes han pagado 100 y 150 rublos por cada muchacha de doce a diecisiete años de edad. Ha estallado el tifus en la forma denominada «tifus del hambre» que resulta del estado completo de debilidad en que se encuentran los habitantes. En el mismo distrito esta fiebre se ha convertido en una violenta epidemia que hace innumerables victimas.»

¡Espantoso espectáculo en pleno siglo XX! ¡En medio a una civilización que se llama cristiana! ¡Y condenamos al nihilismo! La locura engendra la locura. ¿Que extraño que del seno de ese pobre pueblo desesperado, brote la muerte? ¿Que vuelen hombres y ciudades bajo la acción del furor que tal situación debe fatalmente producir? Es lógico, aun cuando tan terrible el efecto como la causa. ¿Que pueden decir a su favor la religión, la aristocracia, los hombres de gobierno y los hombres de altar, en presencia de tan espantosos hechos? Conocemos la contestación: culparán a ese mismo pueblo que han

educado con el látigo y el hisopo; enviarán regimientos á fusilarlo; llenarán las prisiones, y al hambre darán sangre, lágrimas á la miseria. Esperemos, pues, las consecuencias; pero los que no somos grandes duques ni mujiks, no seamos tampoco hipócritas y mostremos al pueblo, á este pueblo argentino á que pertenecemos y al cual estamos especialmente obligados, á que miserias descienden las naciones cuando pierden la conciencia de sí mismas y se entregan como ganado de brutos á los gobiernos y á las religiones.

CON SAN ANTONIO

Aunque parezca mentira, confieso que tengo una debilidad y que hay un terreno en el que estoy en contradicción con mi credo netamente liberal. Soy un devoto de San Antonio y ya llevo gastados en su honor unos cuantos cirios muy bonitos. Pero declaro que no ha sido sin provecho. San Antonio es mi protector y mi amigo y deposita en mi gran confianza. Por él me entero de muchas cosas que los demás no saben, y á veces, como se verá más abajo, sé los sucesos con anticipación. El Taumaturgo, grato á mi fervor hacia él, me recompensa revelándome el porvenir.

Una vez le pedí que me dijera el número en que iba á salir el premio gordo de la lotería. Esto ocurría el 18 de Agosto último. Mi protector me dijo que en el número 10.472. Como un loco recorri todas las agencias é interrogué á todos los loteros, en procura del número en cuestión. Recien el 23 pude dar con el lotero que lo había vendido. Casi me muero al saber que la suerte se me había escapado; y en la noche del 24 de Agosto, cuando vi en el extracto que la grande había salido en el 10.472 me dió un ataque apoplético del que me salvó San Antonio mediante una docena de cirios.

La correspondencia con mi celestial protector la mantengo de un modo original. Pero bueno es que advierta á los envidiosos que San Antonio me ha dicho que á nadie más que á mí, mientras no me haya tocado entrar en el paraíso, dispensará las mismas mercedes.

Voy á los Capuchinos, prévia adquisición de un cirio que generalmente me cuesta dos pesos y que lo elijo todo lleno de dibujos de color. Coloqué el cirio en el altar, encendido, y rezo una oracioncita que es mi secreto. En seguida echo una cartita en el buzón destinado por los capuchinos á ese santo objeto y luego me marcho. La contestación no me la dá San Antonio, ni sus representantes, en el confesonario ó en la sacristía; nada de eso. Me la trae el mismo San Antonio que, según es sabido, está acostumbado á viajar por los espacios.

Llegada la noche, me meto en cama y me echo á roncar. A las doce, minutos más, minutos menos, San Antonio se me aparece rodeado de una aureola deslumbrante y se digna echar unos párrafos conmigo. Es un alma de Dios, y bueno como el pan. Me entera de muchas cosas que algún día las he de contar en detalle. Está muy disgustado con los papelones que todo el clero actual lo obliga á hacer; las estafas sobre todo que se forjan abusando de su nombre le sacan canas verdes. Me ha dicho que le va á pedir al Padre Eterno que le deje un día hacer una gorda para escarmiento de los misticadores sempiternos que explotan á las masas ignorantes y crédulas con los troncos que llevan su santo y venerado nombre.

Una noche me confesó que tiene una gran simpatía por el obispo de Cremona, Monseñor Bonomelli, por la magnífica campaña que ha hecho contra las supersticiones vergonzosas que tanto daño hacen á la religión católica.

Profesa también un gran cariño á *Ratalanga*, el mordaz dibujante de *L'Asino* de Roma, y á *Goliardo*, el redactor de dicho semanario, que tan malos ratos hace pasar á el *Osservatore Romano* y á la *Vera Roma*, los dos órganos clericales más caracterizados que aparezcan en el planeta.

Me atrevi una noche á interrogarlo sobre la opinión que le merecía nuestro clero local. Lo vi fruncir el ceño y hacer luego una mueca como de desdén.

Me mostré entonces zalamero y le dije (nuestras conversaciones son en latín):

— «Antonius dilectus, ostende misericordiam tuam; exaudi orationem meam. Offero magnum cirium pasqualem in conspectu tuo ut dicas mihi opinionem tuam de episcopi nostri illustris, Soleris, sapientia.»

— «Illustris, sapientia?— me contestó mi buen San Antonio, soltando una graciosísima carcajada— macaneator imperterritus...»

Francamente, el juicio del Taumaturgo me mortifi-

có un poco, porque mi patriotismo me había sugerido la idea de que no son comunes los talentos y las ilustraciones de la talla de nuestro Monseñor, sobre todo para la literatura telegráfica.

—... sed papabilis,—siguió diciendo San Antonio—cretino Pio X subsequenter».

Al oír esta profecía, no me caí de espaldas porque estaba en la cama. Olvidé mi patriótico agravio y me henchí de patriótico júbilo.

—Por fin, pensé; otros nos han birlado el primer cardenalato, pero nuestro será el primer papa americano. Alleluia! Hosanna in excelsis Deo!

Le pregunté entonces á mi santo protector que tal sería el pontificado del sucesor del cretino Pio.

—Kilometricarum encyclicarum tempus. Ecclesie inimicorum ingens confusio. Gallorum Combesii, Clemencellisque horrida mors. Poteris temporalis recuperatio. Hereticorum Britannie et Germanie in totum conversio. Cordis Jesu magnificentiter regnum super orbem. Archeologicæ scientiæ splendor. In Mesopotamia asini portatoris Sacre Familie ossamentorum inventio.

—Y ¿quién será Secretario de Estado? me atreví á preguntar á mi buen protector.

—Americanus prelatus, in confectione testamentorum ad majorem Ecclesie splendorem peritissimus.

Yo estaba que no cabía en la cama de júbilo. ¡Que conjunto de glorias para el Uruguay! Pensaba, —y al pensarlo me frotaba las manos de alegría,— en la contrariedad de Arcoverde, de Espinosa, de Casanova, de Boneo y de todas esas mediocridades de la prelatura de South América que no vale un pepino comparada con nuestros Monseñores.

Ante pruebas tan inconcusas de la bondadosa protección que San Antonio me dispensa sin tasa, me fui días pasados, después de adquirido un cirio más gordo que de costumbre, hasta los Capuchinos, y metí en el buzón una súplica que decía:

«Santo benefactor mio, Antonio, perdonarás mi nuevo atrevimiento; pero tanto multiplicas conmigo tus mercedes en pago, sin duda, del culto fervoroso que excepcionalmente te profeso, que abriga la esperanza de una nueva demostración de tu paternal afecto. Te prometo una estatua ó imagen de tamaño natural y que se la encargará á Benliure ó á Querol, para que sea soberbia, si satisfaces una curiosidad que me da comezónes.

«En el cielo ya sabrán ustedes, los que os gozais en la contemplación del Divino Hacedor, que hace unas semanas funciona en esta heróica y culta ciudad una Comisión femenina de censura teatral cuyo trascendental cometido es el de velar por la pureza de la moral; para lo cual fulminará y boycoteará las piezas que los empresarios y artistas poco escrupulosos se atreven á presentar en nuestras salas de espectáculos.

«Pues bien, oh Antonio de mi devoción, te pido por favor que me hagas conocer, *avant la lettre*, la primer sentencia que haya de pronunciar la piadosa Comisión de censura excomulgando una pieza».

Mi esperanza no fué vana. A las doce de la noche mi celestial amigo se me apareció con un rollo de pergamino debajo del brazo y me lo entregó.

Exhala un perfume superior á todos los terrenales perfumes; está escrito con letra gótica y redactado en latín.

Como tengo que traducirlo y es un poco largo, reservo su publicación para el próximo número de este periódico.

Pacienten, pues, los lectores.

E. Go.

DOS RELIGIOSAS

La Libertad, diario de Sevilla, ha publicado la conmovedora historia de dos religiosas que han tenido que huir de una casa religiosa por la vida imposible que allí les daban las hermanas.

Publicamos hoy la de una de ellas, Sor Margarita, dejando para nuestro próximo número la historia de la otra.

«Si la opinión, las personas que discurren y meditan con la cabeza no estuviera ya sobradamente convencida de que la generalidad de esos centros religiosos llamados conventos, beaterios, casas de adoración, etc., etc., son fortalezas donde la hipocresía y la crueldad se abrigan, bastaría el reciente suceso ocurrido en Dos Hermanas en el beaterio de Santa Ana, para mirar con repugnancia esos antros de fingido misticismo.

Hace cuatro días salieron de dicho beaterio, no sin que las monjas opusieran tenaz resistencia, la profesora de votos simples que en aquel centro de

falsedades respondía al nombre de Sor Margarita, y en el mundo de la vida al de Antonia Rodríguez Durán, y la engañada profesora, en un tiempo crédula aspirante al monjío, Marcelina de Casas.

¿Por qué han salido?

Escuchemos á la primera:

—Señor, con ánimo de ser monja porque creía tener vocación, á los once años entré en el beaterio de Santa Ana establecido en el pueblito de Dos Hermanas, dirigido por las religiosas terciarias dominicas, exentas de clausura. Pocas monjas componen este beaterio, que para sarcasmo se dice consagrado á la educación y á la enseñanza. ¡Buena enseñanza de tristezas, de miserias y de egoísmos!

Desde que entré fui dedicada á los bajos oficios de nuestro sexo. Barrer, fregar, coser, etc., etc. Una criada más de la media docena de monjitas, que recogieron una dote de dos mil reales á mi ingreso, dote concedida por una asociación ó patronato de Sevilla, y que fué entregada á dichas monjas por el cura párroco señor Romero. De esta dote gastaron en mi persona, según me han dicho, treinta y cinco duros.

Por muchos años mi vida se deslizó de freganchina, de criada, repito, en medio de una existencia de privaciones, de amenazas, de silencio y de trabajos diversos.

Hablar lo preciso... si no, castigo. Mirar... lo indispensable... si no, castigo. Dormir... ni lo necesario... si no, castigo. Y sobre todo esto, malas respuestas, duras reprensiones y siempre castigos, algunos terribles. De ellos soy una víctima.

Hace cuatro años estaba yo cepillando una prenda de las monjitas. Reprendíome una de ellas, porque á su juicio no lo hacía bien. Terminé mi faena y como no le gustase, se indignó de tal suerte que me dió con el grueso y pesado cepillo tal golpe en la cabeza, que perdí el sentido. Una gran hinchazón y tras ella una verdadera enfermedad me sobrevino. Comencé á ser presa muchas horas del día de excitación nerviosa que me producía verdaderos ataques de risa imposible de evitar.

El médico estimó que la cosa era seria y podían padecer mis facultades mentales. Total, que estuve siete meses en Ciempozuelos, curándome, haciendo una vida sana, reposada, campestre. Curada, me volvieron al beaterio. Por mucho tiempo antes había abrigado el deseo de salir.

Pero no tengo familia cercana, mis parientes son pobres. Sólo mi nodriza, una buena y desvalida mujer podía acogerme. Muchas veces me detuvo esta idea. La vuelta al beaterio no se señaló por una nueva conducta de afecto, de amor en mis directoras. La misma dureza, el mismo reproche. La misma vida de falacia é hipocresía. Ellas llevando una vida regalona, no obstante aparecer que viven en la indigencia. Y las pobres, aunque pocas educandas, sufriendo lo inconcebible. Ya mujer y con mis veintiseis años á costas sufría doblemente que cuando era niña; mis pocos años dábanme alguna libertad. Mujer, no podía asomarme á la puerta de la calle... porque los hombres... ¡Oh, los hombres! Con ellos aún conocidos ó de la familia, no podíamos cambiar los buenos días. ¡Horrible pecado! ¡Motivo de tentación! Ellas podían pasar horas y horas, largas tardes y largas siestas con el *padre Zutano* ó *Perengano*... Sin duda ellas están inmunes de toda sensación.

Al fin yo, no pudiendo resistir más y convencida de mi error, al creer que el monjío es una santidad y es una bribonería, decidí marcharme, y así lo hice. Me dirigí á la *sor directora*, le comuniqué mi resolución inmediata, me contestó que no podía ser, sin no sé cuantos permisos. Yo contesté que á otro perro con ese hueso. Que la Constitución del beaterio declaraba terminantemente que la profesora de simples votos podía salirse cuando quisiera ó ser expulsada cuando así conviniese, entregándosele sus ropas y el resto de la dote. Después de muchos dimes y diretes tuve que marcharme sin ropa, prestándome una blusa la maestra y confeccionándome yo á la ligera y de cualquier modo una falda con el velo. Han sido inútiles en estos días cuantas reclamaciones he formulado para que me sean entregadas mis ropas y el resto de la dote. Pero todo lo doy por bien empleado, con haber logrado salir de la tutela de mujeres egoístas, sin caridad, sin amor, que visten el disfraz del misticismo religioso, como una máscara la careta de un ángel ó de un cerdo. La religión, señor, es para esa gente el señuelo con que atrapan á las incautas como á mí, esencial es lo otro: vivir explotando á ese mundo que tanto maldicen...

Documentos para la historia

LA CENSURA TEATRAL

Dijimos días pasados que un grupo de damas católicas había celebrado una reunión con objeto de fundar una sociedad con el exclusivo fin de establecer una censura sobre los espectáculos teatrales.

La comisión se ha constituido con el nombre de «Consejo Superior de la Liga de Damas Católicas del Uruguay» y tratará por medio de la prensa de que las familias asistan sólo a los espectáculos que por su índole se hallen encuadrados en la más perfecta moralidad.

La lista de las señoras que componen esa comisión es la siguiente:

Petrona C. de Jackson y Matilde A. de Arocena, presidentas honorarias; María García Lagos de Hughes, presidenta; María S. Bauzá, vice-presidenta; María V. de Rius, tesorera; Luisa Gurméndez de Carve, secretaria; Laura Gómez Folle, prosecretaria; Laura Carrera de Bastos, María Z. de Harley, Elena Legrand de Heguy, Victoria V. de Petit y Berta Z. de Ruano, comisión de censura; Estanislada Marquez de Lessa, Francisca L. de Ponce de León, Amelia Ruano Schiaffino, María H. de Lemos, Encarnación Real de Azúa de Alcorta, Elvira P. de Piñeyro, María Amelia P. de Martínez, Celia Acevedo de Varela, Laura Caraffi de Castells, Faustina G. de García Lagos, Antonia Garzón, Blanca G. de Hughes, Elena A. de Muñoz, Luisa M. de Gurméndez, Faustina G. de Secco Illa, Bernarda Arrien de Howard, Juana María E. de Munyo, María A. de Ferrés, Elena Fernández de Sierra, Leonor Cachon de Correa, Justa F. de Mendoza, Herminia S. de Peixoto de Abreu Lima, Rafaela R. de O'Brien, Catalina A. de Aguerre, Angela N. de Cristo, Celia Sierra de Vaeza Ocampo, Lucrecia O. de Berro, Juana P. de Zanoletti y Filomena O. de Fontela, vocales.

La Liga de damas Católicas ha inaugurado ya sus tareas, dirigiendo a los empresarios Paradossi, Consigli y Crodara la nota que va a continuación:

Montevideo, Noviembre de 1906—Empresa Paradossi, Consigli Crodara, Teatro Urquiza. Señores empresarios: La Liga de Damas Católicas del Uruguay viéndose consultada muy amenudo sobre la moralidad de las obras teatrales, que de continuo deja mucho que desear, ha creído un deber el reglamentar el servicio de censura, a cuyo efecto ha nombrado de su seno a la Comisión que suscribe, a fin de contestar por la prensa a las personas que soliciten nuestra información para asistir a los teatros, ó abstenerse cuando las obras sean inmorales.

Ejercemos con esto un derecho indiscutible. La alta sociedad que representamos está cansada de ir a pasar malos ratos al teatro, y haciendo uso de una libertad que nadie puede negarnos, hemos resuelto quedarnos tranquilamente en nuestras casas cuando los espectáculos no sean dignos de ser presenciados por señoras.

Juzgaremos las obras con un criterio amplio, siempre que se puedan presenciar sin mayor desagrado; pero, las juzgaremos severamente cuando ellas lo merezcan, a más de abstenernos de volver a presentárselas; lo que ponemos en conocimiento de los señores Empresarios para que haciendo uso de una libertad, también indiscutible, vayan meditando si valdrá la pena de tomar en cuenta nuestro aviso.

Todo está en correr el albur de un fracaso de boletería, solo por el gusto de presentar obras inconvenientes, nada más.

Eso fué lo que obtuvo la compañía Coen a pesar de sus «cinco brillantes», su gran «reclame» y de alternar el tinte de los carteles; demostrándose palmariamente que la alta sociedad uruguaya, no quiere prestigiar con su presencia, las audacias de un descarrilado «arte» teatral, que a falta de gracia verdadera, y de ingenio propio, se escuda en la inmoralidad de autores ó de artistas para obtener éxitos de taquilla, de un público que hemos demostrado no ser el nuestro.

Ni exigimos ni obligamos, que se elija el repertorio; solamente, por hoy va el aviso de lo que hemos resuelto, para que los señores Empresarios obren como mejor les agrade.

Eso es lo justo.—Saludan a ustedes atentamente.—Laura Carrera de Bastos Presidenta de la Comisión de Censura; María Z. de Harley, Elena L. de Heguy, Victoria B. de Petit y Berta Z. de Ruano.

(La Tribuna Popular).

Una casualidad del diablo

El 7 del corriente, un amigo y consocio nuestro, andando por la calle Colonia, encontró en el suelo un discursito manuscrito y una oración impresa.

El discursito, propio para ser recitado por una niña, tenía por objeto demostrar la gratitud de que su autora se sentía poseída por haber recibido en su corazón a «Jesús, la Majestad de los cielos.»

Hablaba de Napoleón de quien dice «que para él no hubo día más feliz que el día en que recibía por vez primera al Rey de los cielos.»

Y concluye el discursito así:
Viva el Sagrado Corazón de Jesús, y María Inmaculada.

Viva.

Viva el Padre Bergara.

Viva.

Pero eso no tiene mayor importancia. Lo que la tiene es la oracioncita que transcribimos íntegra y que constituye un elocuente ejemplar de esa literatura místico-erótica con que el clero católico envenena la moral social.

Niñas de 11 y 12 años diciendo que Dios las busca para dárles mil caricias, que necesitan del Corazón de Jesús para que inflame su corazón con ardiente amor, etc., son candidatas posibles a desvarios lamentables.

Razón de sobra tenía el notable autor del libro *Les Cordicoles*, Gustavo Téry, cuando decía: «En la mujer, es tan solo la sensibilidad lo que la Iglesia cultiva, desenvuelve, exaspera y pervierte».

Y cuando escribía esta página:
«Victor Charbonnel ha hecho observar con mucha exactitud como, desde la primera comunión que coincide con la crisis de la pubertad, el sacerdote procura desviar en el sentido divino la inconsciente y tímida necesidad de amor que se despierta en el alma y en la carne de la virgen. Antes de la hora el maestro de catecismo prepara, provoca, encarrila esa primera y vaga aspiración sentimental; la exalta, la excita, le impone un objeto. Esa exquisita flor de humanidad que va a abrirse, preciso es que el sacerdote precipite su eclosión y la aproveche. Durante una serie de semanas, en el curso del retiro que precede a la comunión, la niña está aislada del mundo exterior, separada de los suyos, enclaustrada en la capilla, sometida a un régimen de invernáculo».

Condice perfectamente con esa autorizada opinión el ejemplar local de literatura erótico-religiosa que la casualidad ha puesto en nuestras manos y que transcribimos fielmente. Dice así:

Oración preparatoria a la primera comunión

O tiernísimo Corazón de Jesús, cuan bueno sois para con todos los pequeñuelos y sobre todo para mí....

Vos amais mi pequeño corazón; me quereis tanto que me llamais vuestro hijo muy amado: siempre pensais en mí; siempre me buscáis para dispensarme mil favores y darme mil caricias. Tengo vergüenza de no poder yo amaros como lo mereceis; pero tengo confianza en Vos y vengo hoy a pedir una gracia importante: la gracia de prepararme a la primera Comunión con mucha obediencia a mis queridos padres, con mucha devoción en los rezos, con mucha limpieza en el corazón y con mucha dulzura para con todo el mundo.

O amable corazón de Jesús, necesito de Vos, para ese día faustísimo en que vendreis a mi pecho por primera vez, inflamad mi corazón con ardiente amor, primero para deseáros y luego recibiros dignamente en el Santísimo Sacramento del Altar. Vos quereis ser mío, haced que yo quiera ser vuestro.

O purísima María madre mía, O castísimo San José, ayudadme a purificarme de cuanto ofende los divinos ojos de Jesús y los vuestros; prended en mi corazón una centella de vuestro amor y llevadme sin demora al Corazón amabilísimo de Jesús.

S. S. Ilma. y Rvma. el Sr. obispo Diocesano, doctor don Mariano Soler concede 40 días de indulgencia por cada vez que se rece esta oración y permite su impresión.—*El Secretario*.

ES PROPIEDAD

Nuestra Señora del Verdún

Hace algunos meses y por mucho tiempo funcionó, en la calle 18 de Julio esquina de Daymán, una rifa cuyos productos, según los letreros, se destinaban a la Virgen del Verdún.

¿Fracasó la rifa? Es de creerlo así, porque resulta ahora que la pobre estatua de la cumbre minuana «se encuentra en completo estado de deterioro» a estar a lo expresa una circular que el venerable diario *El Siglo* del 14 del corriente transcribe en su crónica social, para quedar bien sin duda con la alta sociedad y ayudar al mejor éxito de una obra tan meritoria é inteligente como la restauración del mamarracho que adoran las penitentas del mártir de Minas, presbítero Rey.

¡Que caros resultan siempre esos ejemplares de la iconografía católica! En un año, para restaurar una grotesca figura en yeso, como Nuestra Señora del Verdún, una rifa primero y ahora un Arbol de Navidad que es a lo que se refiere la circular publicada por *El Siglo*.

Se nos ocurre que pudiera ser que le estén llenando la barriga a la estatua en cuestión con monedas de níquel sinó de oro. No harían mal los liberales de Minas en ir a cerciorarse de ello, porque, a no ser que haya grietas, nos parece que con una rifa, aunque modesta, basta y sobra para dar al mamarracho virginal del cerro Verdún toda la decoración de que es susceptible tan excelsa imagen.

SUELTOS

Para disputarse la clientela.—Los ministros de las religiones, para conservar sus fieles, se ven obligados a variar sus tradicionales métodos. La fé ya no es por sí sola suficiente incentivo; no hay más remedio que perfeccionar la salsa del pescado.

En la calle 42 de Nueva York existe un templo protestante, de la secta bautista, del que es pastor el Rev. doctor Goodchill. Es barrio de teatros y music-halls que, como dan funciones de tarde, atraen toda la clientela, dejando el templo vacío. Al pastor no le agradaba quedarse sin gente. Un buen día aparecieron en el barrio unos llamativos carteles en los que se decía que, en el templo, antes del sermón y después del ofertorio, habria concierto gratis en el que tomara parte miss Ethel Palmer, la célebre silbadora. La innovación fué felicísima y el templo se llenó de público que, mientras adoraba al Dios del Sinaí, escuchó embelesado a miss Palmer silbando el intermezzo de «Cavalleria Rusticana» y la «Mozanilla» de Robyns.

Lo que ignoramos es si ese público filarmónico prestó la misma religiosa atención cuando el pastor Goodchill pronunció su *lata* evangélica.

Como se vé, todo es progreso y a nosotros mismos nos alcanza. En Montevideo, los sacerdotes católicos para atraer gente a sus iglesias compran unos paquetes de cohetes voladores y dan conciertos a base de explosiones. Son baratos. Verdad es también que su clientela es todavía de gusto poco refinado y lo mismo le da un estampido, siempre que sea en homenaje al Sagrado Corazón, que un gorgo de la Barrientos.

La religión moraliza.—Un almacenero, que era también diácono en una iglesia bautista americana, exclamaba una mañana desde lo alto de la escalera, dirigiéndose a su dependiente que andaba por el zótano:

—John, ¿has echado agua en el ron?

—Sí, señor.

—¿Has añadido arena al azúcar?

—Sí, señor.

—¿Y polvo en la pimienta?

—Sí, señor.

—¿Y achicoria en el café?

—Sí, señor.

—Bueno, entonces sube y vamos a leer la Biblia.

(*Libre Pensée*, de Lausanne).

El amor por los animales.—Como en Italia sean muy comunes los malos tratamientos a los animales, lo que también es muy general en España, país como aquél muy católico, las sociedades protectoras de animales han empezado a publicar hojas sueltas y carteles encareciendo el cariño y los buenos tratos hacia los compañeros habituales del hombre.

Pero una voz se ha alzado contra esa civilizadora y generosa campaña, la voz de la *Civiltá Cattolica*, órgano oficial de los jesuitas. Dice ese culto portavoz de la mentalidad loyolista:

«Esas hojitas distribuidas en favor de los animales, están en completa contradicción con el sentido común, y aún, en más de un sentido, con el catecismo, y es por eso que son irreligiosas. La sana razón humana nos enseña que los animales ningún derecho tienen al «amor», estrictamente hablando,

porque el amor es una virtud teologal que nos impele á amar á Dios y á nuestro prójimo por amor de Dios. Es una soez injuria á la dignidad humana dar el consejo que formulan las hojitas en cuestión: «Ponte en su lugar y no lo trates como no quisieras tú ser tratado». En nombre de la sana razón humana, de la filosofía ultrajada y de la religión puesta en peligro, aborrecemos semejantes estupideces respecto del amor á los animales.»

Y el amor á los cobres y á las herencias del prójimo que los jesuitas tienen tan desarrollado ¿es también opuesto á la sana razón y al catecismo?

El "Género libre" y las ignorancias aristocráticas

Entre cierta gente, la palabra *libre* ó *libertad*, se traduce por voluptuosidad, intemperancia y libertinaje. Cuando el célebre Antoine llevó á Madrid su «género libre» é hizo su teatro en la Zarzuela, se pagaron con premio las entradas á paraíso, butacas y palcos. La *crème* madrileña acudió en masa. Descotes, brillantes, plumas y entorchados, daban á la sala brillantísimo aspecto. Había ansiedad, entre toda aquella católica gente, palpitaciones, nerviosidades. Gozarian de sensaciones nunca sentidas en la capital de las Españas. Aquel público de confesión y comunión, misa y rosario, vió á la Duse, Sarah Bernhardt, Réjane, Barthelet, Novelli, Vergy, todo lo mejor de lo mejor; pero ¡Antoine y su *troupe*! ¡el «género libre» sancionado en París, no había sido gustado, dijérido, hecho carne, sangre y hueso. Tardaba el telón, los relojes entraban y salían y volvían á los bolsillos. Se hablaba por hablar, por aflojar los nervios!... «¡género libre!» ¡que perspectiva! Al fin apareció Antoine, y hasta la respiración se detuvo ante él. La escena era literalmente comida, devorada. ¡Espantosa decepción, escándalo estupendo! El «género libre» era «género libre.» Aquella gente llevóse un chasco feroz, porque no hubo voluptuosidad, ni intemperancia, ni libertinaje. Nada de eso. Vieron rotos los viejos moldes de la escena, sin frases hechas y rebuscadas, destruido por Antoine el teatro amanerado, falso, y tonto, sin realidad ni vida. Eso vieron y no volvíeron, mandáronse mudar indignadísimos. Se les había hecho víctimas del cuento del tío.

Le toca ahora el espectáculo á las damas uruguayas, primas hermanas de las nuestras con los mismos humos é ignorancias de las argentinas y españolas de la *crème*. Son de la misma familia y de comunión á la oblea. Han resuelto indignarse contra el *género libre* y en consecuencia se ha nombrado una comisión delegada de la Liga de Damas Católicas del Uruguay, que ha pasado notas y mensajes á los empresarios de teatros, comunicándoles resoluciones heroicas. Dicen que juzgarán las obras con un *critério amplio*, es decir, dilatado, vasto, extenso. Lo creemos; no quedará por estrecho. Eso sí, *las juzgaremos severamente*, agregan con mucho énfasis. Y tanto!... como en Madrid. Huele la cosa á incienso del santísimo sacramento; se ven las polleras de un fraile redactor de la trascendental nota, unos de cuyos párrafos dice así: «La alta sociedad que representamos está cansada de ir á pasar malos ratos al teatro, y haciendo uso de una libertad que nadie puede negarnos, hemos resuelto quedarnos tranquilamente en nuestras casas cuando los espectáculos no sean dignos de ser presenciados por señoras.» Palabras, nada más que palabras, dicen que dicen los empresarios de teatros. Ellos saben muy bien lo que es *alta sociedad* y cuales son los *espectáculos dignos de ser presenciados por señoras*. Entienden el negocio y proveerán en consecuencia. No hay cuidado!

(La Reforma Argentina.)

UN DIPLOMÁTICO CLERICAL

Después de Mr. de Bruwaert, el ministro que tuvo á su cargo la Legación de Francia en nuestro país y que concurrió á los funerales que por su ex-general Martín celebraron en su cueva de esta capital nuestros jesuitas, parece que Francia nos manda otro representante que cojea también del mismo pié.

Según el importante semanario *Le Courrier Européen*, siempre perfectamente al tanto de la vida internacional, el señor Kleczkowski que nos viene como ministro francés se habla hecho notorio en el Canadá, donde era consul general, por sus vinculaciones con los clericales, que allí son muchos y de una intransigencia feroz. Recuérdese del caso de la cam-

paña salvaje que, hace pocos meses todavía, hicieron contra Sarah Bernhardt.

Le Courrier Européen cita el caso de un banquete en honor de un escritor canadiense, M. de Nevers, que había dado una conferencia en que había insultado soezmente al gobierno francés con motivo de su obra anticlerical. A ese banquete, con que se obsequiaba al conferenciante insultador de la Francia republicana y liberal, asistía el cónsul de Francia, señor Kleczkowski.

Lo que es aquí, si sigue las mismas prácticas, flacas serán las ventajas que Francia sacará de la obra de su ministro.

¿Por qué será que la República Francesa es frecuentemente tan poco atinada en la elección de su representación diplomática en estos países americanos? Generalmente no nos envían *rien qui vaille*. Y la prueba mejor de que nada vale muchas veces esa representación es la decadencia precipitada de la influencia francesa en el Plata. Diplomáticos santurrones y clericales no pueden ser hombres de progreso y de provecho.

¡SANTOS VARONES!

El *Piccolo*, diario de Trieste (Austria) refirió, el mes pasado, este caso:

El señor Mandich, comandante del vapor «Leda», al llegar al puerto, viniendo de Lussinpiccolo, denunció ante la policía á uno de sus pasajeros como culpable de actos repugnantes. En virtud de esa denuncia, la policía arrestó al padre jesuita Domingo Piemonte, de Udine, y al joven Mateo Zvetovic. Parece que durante la noche, unos policianos que viajaban á bordo, dirigiéndose á Ragusa, sorprendieron al reverendo padre en el salón de fumar del vapor, en momentos en que... adivine el lector lo demás.

El sacerdote ejemplar don José Verdura, de Fragnetto (Benevento), en Italia, ha sido condenado á un año de reclusión por atentado al pudor en perjuicio de la niña de doce años, Pascualina De Simone.

El reverendo Anibal Malinverni, cura de Fiesco (Italia), vendió sigilosamente los enseres del culto de su iglesia y se marchó en compañía de una feligresa de 19 años.

Un fraile de Mont Saint-Martin (Francia) violó á Victoria Kaiser, niña de 14 años, y se puso en fuga.

El fraile marista Pedro Despré ha sido enjuiciado por robo de cortes de seda en una gran tienda de París.

¿Para qué ó para quien querría las sedas el muy reverendo?

Son de *Las Dominicales* de Madrid los dos sueltos que siguen:

«De Imón, pueblo de la provincia de Guadalajara, perteneciente al partido judicial de Sigüenza, comunican que el cura don Cándido La Coba ha raptado á una preciosa joven llamada Angelina Amo, hija del médico del pueblo.

El señor La Coba cantó misa hará cosa de un año y desde entonces residía en Imón.

Su conducta era un tanto impropia para un sacerdote.

Acaso por esto enamoróse de él perdidamente la hija del médico.

La fuga de los dos amantes refiérese así:

Convenido de antemano, el cura preparó dos mulas, abandonó los hábitos y aguardó en las afueras del pueblo á la joven Angelina.

Esta, aprovechando un descuido de sus padres, salió en busca del raptor, montó en la mula que le había sido preparada, y siguió el camino que había trazado su amante, camino que hasta ahora se ignora.

El señor La Coba, para mejor ocultar su condición de sacerdote, asegúrase que se dejó crecer el pelo de la corona.

Los padres de la joven raptada, se hallan inconsolables.

El suceso ha escandalizado á la opinión aquí, en Sigüenza y en Imón. Cuantos conocen al señor La Coba, se admiran de que haya inspirado tan fogosa pasión, dado su tipo vulgar y zafio.

En Cádiz ha sido detenido á bordo de un buque inglés, un cura natural de Zamora, que trataba de marcharse á la Argentina.

Fué escoltado por la Guardia Civil hasta su ingreso en la cárcel.

Según unos, la detención obedece á estar reclamado por considerarle autor de un crimen cometido en la persona de una joven; otros dicen que es relacionada con una estafa.

Le he hablado en la cárcel y me dice que es inocente y víctima de una venganza.

¡Santas mujeres!

No vienen mal, ahora que se trata de emplazar hermanas en nuevos hospitales, dar á conocer sus relevantes méritos.

El caso histórico que va mas abajo y que transcribimos de *Las Dominicales* del 2 de Noviembre, abona perfectamente la dulzura y el cariño que caracterizan á esas santas mujeres.

«Prometía en mi escrito inserto en el número 289 de *Las Dominicales*, referir algunas escenas presenciadas por mí en el hospital aludido, para probar que es una mentira la tan cacareada caridad de esas mujeres que se hacen dar el dulce nombre de hermanas, y voy á cumplir mi palabra, si el señor Director da hospitalidad á estos renglones.

En la cama número 16 de la sala que me destinaron, había un niño llamado Juanito, de unos diez ó doce años de edad, hijo de una pobre lavandera viuda. No puedo decir cuál fuese la enfermedad que llevara á este desgraciado al hospital, porque cuando yo entré, ya hacia días había entrado él; sólo recuerdo que se pasaba el tiempo amodorrado y que se quejaba débilmente cuando los enfermeros lo movían *una vez al día* para mudarle la ropa de la cama. Su cuerpo era un esqueleto, y admiraba que aquella pobre carcasa no se dislocase cuando la tocaban.

Natural y humanitario parece que á un enfermo en estas circunstancias se le trate con cariño y hasta con mimo, para compensarle, en cuanto se pueda, la falta de caricias maternas, y no herir su tierno corazón con despego é indiferencia; pues las hermanas no lo entendían así; en aquellos seres rudos y groseros, deformados por la religión, no se manifestaban esos arranques de ternura y cariño tan propios de la mujer; en aquellos corazones no había más que egoísmo é hipocresía, y tanto se ocupaban del pobre niño, que permanecía todo el santo día abandonado, como yo me ocupo del gran Lama. Ya hacían las *pobrecitas* bastante sacrificio con estar en la sala durante el rezo y reparto de comida, para exigirles además que prestasen el más pequeño cuidado á aquel ser desvalido que la miseria les había entregado.

Cuando llegaba la hora de la comida, la hermana encargada del reparto se aproximaba á la cama de Juanito y le dejaba la comida sobre la mesilla de cabecera con la frase de fórmula:

—Número tantos, ahí tienes la comida.

El pobre niño ni siquiera se movía, y la comida, que creo era un vaso de leche, quedaba allí á disposición de las moscas—salvo cuando algún enfermo caritativo se tomaba el trabajo de dársela—sin que apareciese por parte alguna la caridad de las hermanas ni su utilidad en el establecimiento.

Pero llegaba el día de la visita pública—dos días en la semana—y era de ver á las «hermanitas» preparar el escenario. Le lavaban la cara á Juanito, le colocaban una gasa para que no le incomodasen las moscas, y rodeaban la cama fingiendo que se tomaban un gran interés por él, prodigándole un sin fin de zalamerías. El público quedaba conmovido y prorrumpía en alabanza á la abnegación de aquellos «ángeles» que habían «despreciado las galas del mundo» para recluirse en un hospital á cuidar la humanidad doliente.

¡Farsantes!

El enfermo permanecía indiferente á todos estos arrumacos de ocasión, hasta que oía una voz querida que le llamaba; era su madre que acudía puntualmente á visitarlo y á llevarle leche, bizcochos y otras cosas que las madres saben que pueden comer los enfermos; aquella voz no mentía cariño; la madre lo enderezaba cuidadosamente sin ascos ni recelos, y entonces el pobre niño abría los ojos mortecinos y extendiendo los brazos descarnados se abrazaba á ella y con quejidos lastimeros parecía protestar del abandono en que le tenían aquellas mujerzuelas, que le tomaban como pretexto para representar una comedia repugnante.»

R. L.